

llevas, porque no quedas del todo desheredado de lo que por ellos merescas.

E haziéndole hechar luego el agua del bautismo, y desnudándole para ello, vieron cómo el hermoso infante tenía tanto puesto los ojos en una finiestra que en el rico aposento del jardín era, que todos fueron maravillados d'ello. E mirando más atentamente, vieron cómo una estrella de maravilloso resplandor estaba sobre él, y parecía aver allí sido assentada sobre ellos. E como Baliaya fuesse unas de las más sabidas dueñas en letras que en la corte se hallavan de la reina Aliastra, y en ello mirasse, dixo:

—Cierto, mis buenas señoras, esta maravillosa señal que aquí vemos es gran pronóstico, y señal de gran valor d'este infante nos enseña; que pues el poderoso Señor assí mostrarnos quiso, y él será el más amador de su servicio y de las cosas durables y eternas, cual en su tiempo no será otro, justo es que por su nombre sea más conocido; y assí, en lo que en

nuestra lengua se dize, sea su nombre maravilloso.

E assí, diziéndolo a su madre la princesa, y todos, siendo muy contenta, le llamaron Philesbián, por su padre y linaje, de Candaria; que amador de las cosas maravillosas en griego aquello quieren dezir.

Pues bautizado el hermoso don Philesbián de Candaria, y puesto su nombre tan conveniente, fue llevado por la hermosa dueña Baliaya, madre del hermoso Garnestes, con los cavalleros que aparejado tenían, diziendo que era hijo de una su cormana y lo llevavan a Cindara encubiertamente; y otra dueña, llamada Lariola, a la hija de Leonisa, que Claricia avía nombre, a la Condessa de Galmeriz; mas esta infanta fue sin ningún contraste llevada a la Condessa su tía, y se crió con mucha poridad y secreto fasta su tiempo, y el hermoso infante don Philesbián no en Cindara, como adelante oiréis. (f. lxxxviii^o).

62. POLICISNE DE BOECIA

de Juan de Silva y Toledo

(1602)

por

Alejandra Suárez Sánchez de León

TESTIMONIO

[1] Valladolid, Juan Íñiguez de Lequerica (difunto), 1602 [→]

TEXTOS

1. Minandro, rey de Boecia, vive angustiado por no tener un hijo que herede su reino

No muchos años después de la pasión de nuestro Redentor Jesucristo (cuenta un famoso varón de Atenas llamado Atiyano), que en el reino de

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: n° 2005. **ESTUDIO:** Russell (1982).

Boecia hubo un cristianísimo rey, que llamavan Minandro, casado con una noble reina, que Grumedela avía nombre, que en aquellos tiempos no se hallaron reyes tan justicieros, ni que en más paz y concordia rigiessen y governassen sus reinos; y assí eran tenidos y acatados no solamente de sus vasallos, mas aun de los reyes sus vezinos y comarcanos, y por doquiera que su fama se estendía. Mas como ninguno, por grande que sea ni abastado de los bienes de fortuna, si le falta la menor cosa que su corazón dessea, no puede vivir contento, cuánto más aqueste buen rey Minandro, careciendo de lo principal, que era heredero de su reino y grande señorío, tenía legítima causa y razón para vivir más penado que ningún otro príncipe ni señor que le faltasse lo que a él tan demasíadamente le sobrava; porque quanto más él veía que posseía, tanta más pena le daba no tener a quien dexallo. (cap. 1, f. i).

2. El rey Minandro pide a un santo ermitaño que interceda por él ante Dios para que le conceda un heredero.

Entonces el rey le descubrió muy abiertamente la causa de su ansia y congoja, diziéndole cómo, en tantos años que con la reina Grumedela era casado, Dios no les avía querido oír sus ruegos y peticiones, que era pedirle un hijo que eredasse sus reinos y señoríos, para que d'ellos quedasse memoria y acuerdo en los tiempos venideros. Mas que sus pecados eran tan grandes ante Dios que estorbava de ser oídas las plegarias y ayunos que tantas personas devotas, juntamente con sus vasallos, hazían, que lo mesmo que él pedían. Y que a esto venía, a le pedir su favor y ayuda ante Dios, pues que creía sin falta sería d'él acetado todo lo que a su grandeza

pidisse, aunque la petición no fuesse tan justa como él pensaría que lo era.

El santo Frontonio estuvo muy atento a todo lo que el rey dezía y, desque bien entendió toda su cuita, le conortó y esforzó quanto pudo, trayéndole a la memoria muchos exemplos y santas dotrinas de la Sagrada Escritura que a su caso hazían, que él muy bien sabía, que gran letrado era. Y assí mismo le dixo:

-Hijo señor, mi consejo es, si a vós os parece, que dexando este hecho a Dios, que el poder tiene y de quien el remedio verdadero ha de venir y avéis de esperar por su santa misericordia y piedad, antes que de aquí os partáis os confesséis de todos vuestros pecados y recibáis el sacramento de su Sagrado Cuerpo. Y esto hecho, tened esperança en Dios, que él os oirá. Y yo, aunque indigno en mis sacrificios y pobres oraciones, os prometo todos los días que viviere os ofrecer y encomendar con tanto amor y voluntad como si mi hijo fuéssedes. (cap. ix, f. 13).

3. El príncipe Policisne, heredero del reino de Boecia, se cría en la corte.

Dicho os hemos cómo el príncipe se criava a cargo del conde Brigendos y hazíase la más hermosa criatura que dezir se os puede. El conde nunca en ál atendía desque edad tuvo de poderse soltar sino buscarle mil maneras de passatiempos. Y mostrava tanto amor a Tarín, que de sus días era, que nunca menos de hermano le llamava, que d'este, cuando nació, estava la condesa Roseta parida de seis meses. Nunca el uno del otro se apartavan; muchos donzeles venían de su edad a le servir de que mucho holgava, mas sobre todos amava él a Tarín, que por hermano le avía, que bien dava su corazón a entender los servicios que adelante le avía de hazer.

La reina, su madre, holgava muchas veces de ver los juegos que Policisne con los donzeles hazía, y entrávase muchas veces en un jardín que en el palacio estava y en él, cabe una fuente que en el medio se hazía, se ponía la reina a mirar verlos trevejar y tirar sus arcos. Y un día Policisne llegó a todos los donzeles ordenando con ellos que el que la suerte cupiesse tuviesse cargo de defender el agua de la fuente a los otros que beber quisiesen. La reina se espantó con sus donzellas de oír lo que el príncipe dezía. (cap. xxvii, ff. 41v-42r).

4. De cómo la maga Almándroga puede curar a su hija Fidea.

-Almándroga, el mal que heziste no me ha dado lugar a verte ni recibir los sacrificios que ofrecido me has y a mis compañeros en la muerte de Furión. Mas ya de nós serás perdonada y sepas que no podrá tu hija sanar si no es vañada en la sangre del más alto rey del mundo.

Y queriendo ella saber el nombre, el idolo le dixo:

-De mí no puedes más saber.

Y bolviéndose a otro altar en que estava una figura de un muy fiero dragón, le suplicó le hiziesse saber el nombre del rey. El dragón echando por la boca un papel con unas letras halló que dezía: *Minandro*. Esperando estuvo si el dragón diría qué reino era mas el dragón bolvió la cabeça. Y ella se fue a preguntar a otro, las rodillas por el suelo, que la figura tenía de un cabrón levantando sobre los pies y una corona de oro sobre la cabeça, y puesta así ante él, con un aullido le dixo:

-De Boecia es señor.

Y ella, no sabiendo a qué parte del mundo fuesse, se llegó a lo preguntar a otro, porque el cabrón no le habló más,

que avía hechura de un lobo muy hambriento, y señaló con la mano azia poniente. Y saliéndose muy contenta y ahumando sus altares con gran acatamiento; y antes que saliesse, le hablaron todos juntos con gran clamor y aullidos, que la sala parecía hundirse, diciendo:

-Mira bien lo que hazes y ten en más este hecho que lo que piensas, que de todos los del mundo te asseguramos que esto no te podrá escusar ni estorvar sino uno. (cap. xxxvii, f. 56).

5. El príncipe Policisne es armado caballero.

Policisne fue armado por ella de aquellas limpias y hermosas armas, que su apostura era tanta, según le parecía bien, que no se hartavan en lo mirar. Y sacando una muy hermosa espada de una caxa que en el lío venía, la dio al rey diciendo:

-Ésta, señor, le ceñid vós porque de vuestra venturosa mano se le pegue vuestra bondad.

Y dándole a besar la cruz, se la ciñó diciendo:

-A Dios plega, hijo, por su bondad, que vos haga buen hombre y en su servicio empléis vuestra persona pues más obligado le sois que otro. [...]

Y embraçando el príncipe su escudo, que todo era muy limpio de un diamante tan claro que la vista quitava, y guardado de tanta riqueza que maravilla era de lo ver, en medio tenía siete letras de un rubí muy encendido, escritas de manera que no se podían leer, y meneando el cuerpo con tan gentil aire y ligereza como si de ningún peso las armas fueran, estava tan ledo que ninguno lo supo entender assí como su tío Ardíneo. (cap. xxxviii, f. 58).

6. Policisne logra salvar al rey Minandro de los jayanes de Almándroga

Sabed que a esta hora Policisne tenía su hecho al cabo. La sierpe fue contra él dando grandes bramidos y él cuidando que, si él llegasse, su fin llegava, poniendo ambas rodillas sobre Rinacio, sacó el su preciado libro, bolviendo la hoja, començó a leer otras letras que en lengua india estavan y a la hora la sierpe no tuvo poder de a él llegar. Mas sacándole a Rinacio debaxo, se le tragó como si un pequeño bocado fuera y así hizo a Fídea y sus donzellas y los cuerpos de aquellos dos jayanes muertos. Y como esto hizo, con grandes tronidos y nublados muy negros se levantó por el aire, haziendo tan grande viento con sus alas que del suelo parecía levantarlos. Y ellos cayeron en tierra de espanto y así estuvieron por espacio de media hora que el nublado y escuridad se quitó. Y ellos se hallaron a deshora, sin nada sentir, debaxo de una tienda muy rica toldada de paños de oro y de seda. El rey sentado en una silla muy rica y el príncipe en otra cabe él a sus pies. Tarín, su amado escudero, y Fímeo en otra, y su escudero y enano par d'él. Ansimesmo Limercio, que por no poder ampararse contra los rezios encantamientos de la mágica Almándroga, no mostró el esfuerço de su corazón. Overil el enano estava en medio de la rica tienda.

Estava el rey tan ledo que no era poderoso de lo mostrar, y el príncipe así mesmo con su preciado libro en las manos. (cap. XLIII, f. 71).

7. En su camino, Ardíneo y Policisne topan con un grupo de mujeres armadas y vestidas como hombres

Mucho fueron espantados de tan nueva aventura. Estando en esto, vieron en dos palafrenes contra sí venir dos muy hermosas donzellas con hachas encendidas, con muy ricas armas armadas de la cinta arriba y de allí abaxo traían unos sayos de seda verde con unos troncos de oro por guarnición que las piernas les cubrían hasta un palmo sobre el pie, que bien se mostrava que armas debaxo traían. En la cabeça llevavan unas armaduras de oro, y muy ricas espadas ceñidas. Ellas eran de muy grandes cuerpos y muy hechas. Y llegando así a ellos como oís, la una dixo:

-Cavalleros, mi señora Galercia, la reina de Gocia, vos ruega que adelante no passéis hasta que de vosotros sepa un poco que os preguntará. Y porque su costumbre es esta, os pide que por mal no tengáis que con estas cadenas a ella os llevemos presos, por cumplir un juramento que hecho tiene.

-De buen grado, -dixo Policisne-, iremos con vosotras y haremos lo que la reina manda así como señoras dezís con tal de que nos asseguréis a mí y a estos cavalleros que daño no recibamos ni engaño nos sea hecho.

-Yo os lo prometo, -dixo la una de las donzellas-, que si por vuestra voluntad no fuere, que allí media hora no os detendréis.

-¿Y si tan mesuradamente esse cavallero no respondiera, -dixo Ardíneo, que muy espantado en ver las donzellas de tal hábito estava y de oír lo que dezían-, qué nos hiziérades?

-Lo que a otros que tan mesuradamente como vosotros no responden, que es llevarles por fuerça a do les hazen quedar bien criados para otro día.

Mucho holgó Policisne de lo que la donzellas respondieron.

-Ora, pues hazed lo que os pluguierre, -dixo él-, que por mí no se quebrará la costumbre de la reina. Mas si hombres

fuérades como mugeres sois, de otra guisa lo librárades, mas a esto nos obliga la orden de cavallería que recibimos, que es de serviros y honraros en todo.

Y con esto, ellas, sacando unas muy ricas cadenas de oro, metieron en ellas al príncipe, y Ardíneo y a Limerccio, y ellos, alegres de tal prisión, movieron tras ellas que las cadenas tiravan. Y no anduvieron mucho que no llegaron a un prado muy llano donde estaban assentadas las tiendas y en medio d'ellas una muy hermosa y muy grande, con muchas vanderas en lo alto. Todas cuantas gentes en las tiendas y real topavan eran mugeres todas a guisa de guerra, de que mucho espanto causava aquellos caballeros. (cap. LIII, f. 86).

8. Lamentos amorosos y caballerescos de Policisne

Dezía en su corazón:
-¡O, Policisne! ¡cuán bien andante serías si agora tú pudiesses hallar aquella honrada sabia Ardémula para lo que sientes, que no sabes qué es, desde que oíste nombrar a la emperatriz Clarinda, le contasses y d'ella lo supieses, pues el saber del mundo en ella está encerrado; y también haría tornar a Ardíneo en su ser! ¡Cómo podrás agora hablar al rey Arсандos ni a la reina Armínea en su hecho, pues a la principal cosa que venía era, si él se ha de quedar así en mal punto hize tal camino! Dios, remedia tú lo uno y lo otro, que si el mal que tengo no me sabe dezir alguno qué es, yo moriré la más desastrada muerte del mundo! [...].

Que sabé que, cuando Aristán el Enamorado leyó el nombre que oír lo hizo al Cavallero del Escudo, entonces las cifras que hasta allí él no avía entendido, porque no era tiempo, se tornaron claras para que el Cavallero del Escudo y otro cualquiera las entendiesse; y entonces a

la hora, su corazón cobró aquel sentimiento, el cual le duró hasta que murió, y entendió mejor su mal, como más adelante se declarará en el segundo libro. (cap. LXV, f. 115)

9. Policisne se enfrenta a la primera prueba establecida para liberar a la emperatriz Clarinda de su encantamiento

Ya su música assomó encima de la columna un anciano viejo de muy reverenda persona, la barba y los cabellos tan blancos coma la nieve, vestida una aljuba de seda morada con una capilla en ella de unos muy finos veros. En su cabeça tenía un bonete de la misma seda morada con un rollo por ella de unos muy finos armiños, y en estas puestas y bordadas muchas perlas y preciadas piedras. En sus manos trahía un libro con las cubiertas de oro, el cual puso en el retil. Y sentándose en su silla, las imágenes callaron sus trompas y el anciano viejo, poniendo los ojos en el Cavallero del Escudo, que ya podréis pensar que tal a esta sazón estaría, viendo tan grandes novedades, pasmado de tal aventura; y el anciano viejo le dixo desde encima de la coluna:

-Osado cavallero, si tanto esfuerzo tienes como hermosura, llegado eres a tiempo que lo avrás bien menester. Agora, aunque es tarde, puedes escoger de dos cosas que a los que aquí ossan llegar les digo: la una, que si te arrepientes de aver entrado puédeste tornar, mas has de quedar aquí en un lago encantado hasta que Dios quiera, con otros que no han tenido corazón de hazer armas con este jayán y saber esta aventura y por qué aquí estoy; y si esto no quieres hazer, haste de combatir con este jayán, al cual si quieres le recordaré luego y yo te daré razón d'esta aventura y de la mane-

ra que la Emperatriz de Persia está encantada, que para remedio d'ella estoy yo aquí y esto por ella se haze. (cap. LXIX, f. 122).

11. Caruça, mágica amiga de Almándroga, cuenta al rey Minandro que Policisne ha sido apresado

-Pues sabed, -dixo Caruça-, que yo os traigo nuevas de Policisne, vuestro hijo.

El rey y la reina se alegraron con todos en demasía, tanto que en toda la sala se comenzó gran ruido de plazer, en el cual Caruça los dexó un poco como muy cruda que era, porque junto con él, mudados de un extremo a otro, lo sintiessen más. Ya que todos callaron por oír lo que diría y su demanda, el rey le dixo:

-Mi buena amiga, por la fe que a Dios devéis, que muy presto nos lo digáis, que bien ha más de seis meses que de mi corte se partió que d'él nunca supe.

-Pues sabed que él será ya muerto según de la guisa que iva, y si de aquello

morir no pudiesse, él iva a do en llegando la muerte le dieran cierto; que sabrás que yo lo topé en poder de una hija de Almándroga, la gran sabia, que en un barco lo llevavan a meter en su poder, y él iva tal y tanta sangre derramada en cerco d'él de una batalla que avía avido, que más por muerto que por vivo lo juzgué. Y para que creas esto si así es, por aquellas armas que aquel cavallero trae y por los golpes que tienen juzgarás que tales sus carnes devieron quedar, las cuales para que las veas hize que aquél que las viste las truxesse ante ti. El cual iva con el que a la sazón lo armó cavallero para que d'este mi amigo lo vengasse, que él no tenía poder de se mover del lugar donde iva, sobre palabras que con este mi amigo a mi causa passó.

Sabed que a la hora que Caruça estas tan dolorosas nuevas dixo fue el clamor y los llantos tan grandes en todo el palacio y de allí en la ciudad, que más día del juicio que otra cosa parecía. Y querer decir en particular lo que cada uno hizo sería nunca acabar y dar enojo a los oyentes, mas que podrá cada uno juzgarlo, que no se puede decir. (cap. LXXXI, f. 157).

63. POLINDO

(1526)

por

M^a Carmen Marín Pina

TESTIMONIO

[1] Toledo, Juan de Villaquirán, 1526 (10 de abril) [->]

TEXTOS

1. Entrada triunfal

Como cuando el carro de Fevo con su mucho resplandor calentava

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: n° 2011. **ESTUDIO:** Marín Pina (1989b).